

REVISTA
DEL
INSTITUTO NACIONAL
DE LA
TRADICION

AÑO I - ENTREGA 1a.

ENERO-JUNIO DE 1948

BUENOS AIRES

MINISTERIO DE EDUCACION DE LA NACION ARGENTINA
INSTITUTO NACIONAL DE LA TRADICION
Güemes 2992 Buenos Aires

Director:

JUAN ALFONSO CARRIZO

Vicedirector:

MANUEL GÓMEZ CARRILLO

Secretario Técnico:

BRUNO C. JACOVELLA

Investigadores viajeros:

JULIÁN B. CÁCERES FREIRE — JESÚS MARÍA CARRIZO

GUILLERMO E. PERKINS HIDALGO

Bibliotecario:

MANUEL J. HERRERA

OBRAS EDITADAS POR EL INSTITUTO

La Décima en México, por VICENTE T. MENDOZA.

683 pp. Buenos Aires, 1947 \$ 15.—

Revista del Instituto Nacional de la Tradición.

Año I, N° 1. Enero/junio 1948 \$ 5.—

LO "PRIMITIVO" Y LO MATERIAL EN EL FOLKLORE

Por
RALPH STEELE BOGGS

Una observación común y corriente entre los folkloristas en todas partes es que el concepto de lo que es el folklore ha seguido ampliándose paulatinamente desde el nacimiento de la palabra en el siglo XIX hasta ahora, tendencia que, al parecer, no pierde su vigor todavía. Como observó Alfredo Poviña en su *Sociología del folklore* (Univ. Nac. de Córdoba, 1945, p. 15-16), "...si nos ajustáramos estrictamente a su origen etimológico, de acuerdo al propósito de su creador, se dejaría fuera del campo de la nueva ciencia un conjunto de grandes hechos que hoy le pertenecen. La ciencia del folklore en su contenido ha sufrido un proceso de ampliación: no sólo comprende el saber intelectual, sino que ella abarca toda clase de actividades del pueblo; casi es sinónimo hoy de *cultura popular*". Hace casi 20 años, en una conferencia en Bruselas, en 1927, Saintyves hizo la misma observación (cito la trad. esp. por S. S. Faré en el cuaderno 6 de la Asociación Folklórica Argentina, 1942): "Sus primeros adeptos limitaron sus investigaciones a la literatura popular... Poco a poco, los tradicionalistas extendieron su curiosidad a todo lo que se trasmite por la tradición oral, a todo lo que se aprende fuera de la escuela... Las investigaciones de los tradicionalistas terminaron por englobar todos los oficios y técnicas populares".

Ante ola tan creciente, algunos se han puesto inquietos en estos últimos años, sobre todo algunos etnólogos, al parecer, porque el folklore venía compartiendo más y más los mismos materiales estudiados por la etnología. Así, han tratado de darle al folklore un paso hacia atrás, pero muy hacia atrás, apoyados por algunos folkloristas que no comprendían bien el desarrollo de su ciencia y otros que querían sinceramente evitar que su ciencia se perdiese en una disipación sin límites, delimitando estrictamente al folklore a un "folk" que abarcara sólo las clases bajas o "populares" de las naciones que ellos llaman "civilizadas", excluyendo

todo "folk" que llaman "primitivo", y delimitándole también a un "lore" que abarcara sólo lo que llaman "tipos literarios" y excluyendo lo que llaman "cultura material". Dicen algunos que sólo hay folklore en los grupos "civilizados" donde hay un "folk" o "clase inferior" con poco o nada de enseñanza formal, en contraste con una "clase superior" instruída, erudita, o sea "civilizada", mientras que en los grupos "primitivos" hay una sola cultura que no es folklore. También dicen algunos que son folklore las leyendas y los cuentos, las canciones y los bailes, las adivinanzas y los refranes, pero no son folklore artes y oficios, arquitectura y otras manifestaciones "materiales".

El deseo de delimitar el campo del folklore es muy loable. Hay que hacer claro el concepto de lo que es el folklore, y de lo que no es. Conviene también evitar confusiones entre la ciencia del folklore y sus ciencias hermanas. Y no hay folklorista, ni siquiera el más ambicioso y el más codicioso, que quiera ver su ciencia perderse en una disipación sin límites: quien mucho abarca, poco aprieta. Hay que aclarar y delimitar el folklore, pero tratar de hacerlo a base de lo "primitivo" y lo material es un esfuerzo erróneo y mal orientado, que desconoce el desarrollo y las exigencias de la ciencia del folklore.

Examinemos unos aspectos de la historia de esta ciencia. En primer lugar, es fácil de ver la base histórica de los conceptos "primitivo" y "material" como factores de limitación. El folklore como ciencia empezó a medrar primero en el norte de Europa, en pleno seno de naciones "civilizadas", y es muy natural que hubieran empezado a estudiar primero su propio folklore, y sus antecedentes, que se hallaron, naturalmente, o mejor dicho, que se podían hallar entre las naciones antiguas más "civilizadas", porque éstas dejaron mejor documentados en escritos los detalles de su cultura que sus propios antecesores "primitivos" en estas mismas regiones norteñas de Europa. Así fué por la casualidad de causas históricas, y no a propósito ni intencionalmente, que los folkloristas europeos del siglo XIX estudiaron primero su propio folklore. Lo tuvieron a mano y lo estudiaron. No predeterminaron estudiarlo exclusivamente. Al contrario, ya en el mismo siglo XIX empezaron a estudiar el folklore de los pueblos "primitivos". Pronto llegaron al continente "primitivo" más cercano. Ya en 1868, H. Callaway publicó sus cuentos infantiles de los Zulú, en inglés, en Londres; e igualmente, G. McCall Theal, su folklore Cafre, en 1886. En su monumental estudio comparativo, *La rama dorada*, publicado primero en inglés, en Londres, en 1890 (el Fondo de

Cultura Económica, de México, D.F. publicó la síntesis en español, en 1944), James George Frazer no dejó de citar paralelos de Africa o de cualquier pueblo "primitivo" que le interesó. El primer tomo de los *Memoirs* de la *American Folklore Society* en 1894 fué una colección de 50 cuentos tradicionales de Angola, con textos en Ki-mbundu con traducciones al inglés. De ahí puede verse la base de la idea de excluir del folklore lo "primitivo"; y de ahí puede verse también el punto pasajero y el momento transitorio en el cual se apoya esa base tan inestable.

Lo mismo pasa con la idea de lo "material". El Romanticismo dió ímpetu a los estudios folklóricos, y uno de los aspectos del folklore más pintorescos, que llamó mucho la atención de los Románticos (y que todavía es uno de los aspectos del folklore más popular entre el público en general) fué la *Volkslied*, *folksong*, o canción tradicional. Y ¿qué hubiera podido ser más interesante para la novela histórica que el romance? Hasta en Finlandia, hacia fines del siglo diecinueve, fué por casualidad el cantar épico el que atrajo primero el interés de Julius Krohn para dar principio al desarrollo de la metodología más seria que conocemos para el estudio del folklore. Y aunque lógicamente los folkloristas debieran haber empezado con los hechos folklóricos, ordenándolos y analizándolos cuidadosa y detalladamente en forma completa, antes de llegar a la etapa de deducir conclusiones y sacar teorías, por casualidad histórica fué al revés, porque el siglo XIX fué el siglo de oro de los teóricos, y los mitos y los cuentos sobre todo se prestaron con mucha facilidad a la teoría. También por casualidad, por el gusto de los hermanos Grimm, lo que más les interesó fué el cuento tradicional. Así es una verdad histórica que los tipos "literarios" del folklore, mito, cuento, romance y canción, ocuparon un sitio de preeminencia entre los folkloristas del siglo pasado. Pero a pesar de ser verdad histórica, es no menos casualidad histórica, y no fué programa proyectado de antemano por ellos, ni a propósito ni intencionalmente.

Al contrario, los mismos folkloristas del siglo XIX son los primeros en admitir dentro de su campo de estudio muchos aspectos de la "cultura material", como se ve en sus propias definiciones que ellos mismos nos dan del folklore. En 1890, George Laurence Gomme, director de la Sociedad Folklórica de Londres, publicó su manual de folklore, como publicación XX de esta sociedad, correspondiente al año 1887, incluyendo su definición del folklore, aprobado por el consejo de la sociedad. No sólo dice (p. 3-4): "Gran parte de los materiales de los folkloristas tiene

que obtenerse de... pueblos salvajes y bárbaros" (que contradice claramente que el folklore excluye lo "primitivo" y aun sigue con un ejemplo de los Zulú), sino que también dice (p. 2): "...reliquias o vestigios no apuntados del pasado. Estos hechos muy importantes nos presentan al estudio de lo que se ha llamado convenientemente folklore"; y (p. 3): "De estas influencias potentes en la vida inculta de un pueblo —santidad tradicional y actividad mental precientífica— y de las muchas modificaciones producidas por su continuación activa, hallamos que los hechos que constituyen el folklore son realmente grupos de fenómenos observables en la historia mental y social del hombre". Aunque Gomme se deja llevar por las tendencias históricas de su siglo, demuestra aquí que su modo de pensar está, en su base más amplia, bien orientado. Igual modo de pensar encontramos en el libro llamado *Folklore*, publicado en París en 1885, por el conde de Puymaigre. En la primera página, después de nombrar poesías, creencias, y otras cosas bien establecidas, añade: "Enfin tout ce qui concerne les nations, leur passé, leur vie, leurs opinions". Más amplio es el concepto expresado en forma detallada en la primera base de El Folklore Español, sociedad para la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares (publicado en la misma cubierta del primer tomo de la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, ed. por Antonio Machado y Alvarez, Sevilla 1883): "Esta Sociedad tiene por objeto recoger, acopiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la ciencia (medicina, higiene, botánica, política, moral, agricultura, etc.); proverbios, cantares, ... en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstrucción científica de la historia y de la cultura españolas". Esta ampliación del concepto no es una peculiaridad española sino una tendencia general europea del siglo diecinueve. Por ejemplo, Antonio Machado y Alvarez, definiendo el folklore en la introducción (p. 3) de *El folklore andaluz*, órgano de la sociedad de este nombre, 1882, cita a un inglés que emplea términos más amplios: "El folklore de una nación, que comprende, según el eminente A. Lang, toda la *cultura* que el pueblo ha sacado de sus propios recursos o creado de su propio fondo..."

El estudio de los acontecimientos y de los pensamientos entre los folkloristas europeos del siglo diecinueve, nodrizas de nuestra joven ciencia, que influyeron profundamente en el carácter que había de adquirir,

nos demuestra claramente que los conceptos de lo “primitivo” y lo material pueden derivarse de algunos acontecimientos que por casualidad se encuentran en la historia, sencillamente porque la joven ciencia no había tenido tiempo todavía de madurar y redondear la unidad completa de su carácter; y nos demuestra claramente también que estos conceptos de lo “primitivo” y lo material no pueden derivarse ni tienen raíz ni apoyo en los pensamientos más básicos de la mayoría de los folkloristas más eminentes de este siglo. Si salimos del siglo diecinueve, y llegamos a la época actual, y miramos hacia atrás, y nos apoyamos y nos orientamos en la perspectiva más firme que nos puede dar el desarrollo total de la ciencia del folklore, desde sus albores hasta hoy, tenemos que rechazar como erróneos lo “primitivo” y lo material.

Lo “primitivo” se basa en el concepto de grupos étnicos, que es un sistema de categorías de primera importancia en la etnología, pero sólo de segunda importancia para el folklore. El etnólogo piensa ante todo en tal o cual tribu y en pueblos que representan tal o cual etapa de cultura. El folklorista piensa en primer término en tal o cual cuento, adivinanza, etc. y en las variantes de tal o cual motivo folklórico, dondequiera que se encuentre, y no importa en la etapa básica de su investigación (sí en sus consideraciones secundarias) si se encuentra en la tribu más “primitiva” de Africa, Australia o América, o en la ciudad más grande y “civilizada” del tiempo actual, o hasta en la Biblia u otra fuente literaria o erudita antigua o moderna. En su *Uebersicht der Märchenliteratur* (en *Folklore Fellows Communications*, no. 14, Hamina, 1914), Antti Aarne incluye el *Panchatantra*, monumento de la antigua literatura sánscrita, la *Disciplina clericalis*, obra erudita y didáctica en latín de la Edad Media española, las colecciones modernas de Europa y Asia y de los “primitivos” de Africa, Australia y América. Walter Anderson, en su estudio del cuento tradicional de “El Emperador y el Abad” (publicado en *Folklore Fellows Communications*, no. 42, Helsinki 1923), cita y analiza en su estudio 474 variantes de los celtas, países románicos, germánicos, bálticos, eslavos, ugro-fineses, turco-tártaros, vascos, griegos, judíos, caucásicos, asiáticos, africanos y americanos, desde el antiguo Egipto y las fuentes más eruditas hasta el tiempo actual y las fuentes más “primitivas”. De modo que lo “primitivo” no es un concepto de primera importancia en el folklore, y el tratar de excluirlo del folklore va en contra del mayor logro de la metodología folklórica: el estudio minucioso histórico-geográfico de un tema folklórico en todas sus variantes por toda la historia de la cultura

en todas partes del mundo. ¡Qué tontería sería estudiar cuidadosamente todas las variantes del tema del gran diluvio en el folklore mundial (como lo hace Frazer en su *Folklore del Antiguo Testamento*, cap. IV, de unas 250 páginas, reuniendo variantes de la antigua Babilonia, los maorí de Nueva Zelandia, el Perú, los carayá del Brasil, etc.), y al llegar a unas variantes que se hallan entre pueblos "primitivos", dejar de tomarlas en cuenta, diciendo que lo "primitivo" no puede admitirse como folklore!

Lo material se basa en un puro error: el creer que las ciencias pueden distinguirse a base de los materiales que estudian. El abogado, el sociólogo, el psicólogo, el etnólogo y el folklorista, todos pueden estudiar una misma costumbre, cada uno dentro de su propia ciencia, y no hay duplicación, porque cada uno la estudia desde un distinto punto de vista, a base de distintos cuerpos de leyes científicas. El botánico, el horticultor, el artista, el médico, el folklorista, etc. todos pueden estudiar una misma hoja, cada uno según los intereses distintos de su propio campo de estudio. Artes, oficios, arquitectura, comidas, bebidas, etc. tradicionales, cualquier aspecto tradicional de la cultura "material", se admite en el estudio del folklore tan bien como en el de la etnología, la dietética, etc., según el interés especial de cada una. Las ciencias se distinguen por su punto de vista más bien que por los materiales que estudian. Una comida o un estilo arquitectónico tradicional puede demostrar tan bien como un cuento o una adivinanza las leyes y los principios fundamentales de la ciencia del folklore.

En mi ensayo de definición del folklore (en inglés en *Folklore Américas* 1943, III, 1-8; en español en el *Anuario de la Sociedad folklórica de Méjico* 1942, III 7-16, o *Waman Puma* 1943, III, no. 15, p. 35-42) traté de aclarar estas cosas. Lo "primitivo" y lo material en suma pueden admitirse en el folklore, y se han admitido.

North Carolina, 1947

NOTA DE LA REDACCION

Este artículo del profesor Ralph Steele Boggs fué escrito especialmente para la *Revista del Instituto Nacional de la Tradición* hace poco más de un año. Débátese nuevamente en él un problema que parecía ya ocioso plantear acerca de los límites, diremos, patrimoniales, o culturales, y sociales, o históricos, del Folklore. Sin embargo, no puede ser más oportuno en virtud de las razones que se expondrán a seguida.

Por lo que respecta a la discusión sobre las fronteras culturales del Folklore, es evidente que la posición de los folkloristas ingleses, en general, y de los norteamericanos que se agrupan en el "Journal of American Folklore", en particular, tórnase virtualmente insostenible. El profesor Steele Boggs subraya bien la inanidad e inconveniencia de continuar limitando el quehacer folklórico a los productos "espirituales" y "sociales" de la cultura. Esta limitación podría explicarse como una momentánea situación de hecho, cuando, según ha ocurrido siempre, se inicia la investigación folklórica en un país por obra de escritores, filólogos y hombres de letras. Pero es inexcusable en etnógrafos avezados, cuyo dominio del sector ergológico muéstrase netamente cuando emprenden labores monográficas de conjunto sobre pueblos no civilizados. Cabe esperar que su advertencia y exhortación sea escuchada y que se llegue ya a la convención universal de que el Folklore engloba todos los aspectos de la cultura.

El otro punto debatido requiere también atenta consideración, aunque, a nuestro ver, en sentido contrario. El mismo grupo de investigadores que reduce el quehacer folklórico a la cultura "espiritual" y "social" extiende, por otra parte, el área de investigación a los pueblos no civilizados, y en eso concuerda el profesor Steele Boggs. Señala éste, acertadamente quizá, el carácter aleatorio, en sus principios, de la práctica de limitar el folklore al *folk*, al estrato inferior de la sociedad civilizada, por haber nacido la ciencia en Europa, donde se ha perdido desde hace siglos todo contacto con pueblos no civilizados y hasta pertenecientes a razas distintas de las que pueblan Europa. Pero no creemos que este argumento de una circunstancialidad originaria invalide una situación que muy pronto llegó a ser de derecho en virtud de sólidas y bien fundadas razones.

Un objeto cultural, sin duda, puede ser estudiado aislándolo de su ambiente y agrupándolo con todos los de su especie o género, según hacen, estableciendo series tipológicas, los evolucionistas y comparacionistas. Pero ese procedimiento presenta la reconocida desventaja, *primero*, de desarticular los complejos dados, falseando así a veces su interpretación, y, *segundo*, de prescindir de toda consideración histórica, de cómo y cuándo realmente apareció tal objeto en los distintos grupos sociales, por consiguiente, de cuáles son sus relaciones efectivas con los demás de su especie existentes en otros grupos.

El Folklore, tal como lo entienden todos los folkloristas, con la sola excepción de los ingleses y algunos norteamericanos, no tiene en cuenta la *forma* de los objetos, para delimitar su competencia, sino el *estrato* o nivel social en que se encuentran. Y, aunque algún día la Etnología ha de reunir en un solo haz las conclusiones de la Historia Cultural, el Folklore y la Etnografía, el folklorista que metódicamente circunscribe sus investigaciones al *folk* —poseedor a la vez de hábitos inmemoriales, de creaciones en cierto modo propias (sobre todo en la vida rural) y de préstamos, asimilados o no, del estrato superior— pisa un suelo bastante más seguro, aunque menos neto, que el que las extiende (máxime sin mayor discernimiento estratigráfico, como Sir James Frazer en su "Golden Bough") a todos los grupos humanos.

Ciertamente, a personas de una determinada naturaleza mental puede parecer la civilización un mero desarrollo cuantitativo, un mero enriquecimiento ex-

terno, del gran fenómeno llamado "cultura". Pero los que consideran el acontecer histórico universal con un pensamiento filosófico o teológico —que, aunque menos positivo, no por eso es menos *científico*— ven en el milagro de la civilización, con sus poderosas expansiones temporales y espaciales, su genio práctico, teórico, estético y religioso, sus dramáticas tensiones entre individuo y comunidad, progreso y tradición, su profundo anhelo, en fin, cien veces frustrado, de hallar, para ella y el *ecumene*, la paz perpetua, la *edad de oro*, la Ciudad de Dios, una etapa de la existencia humana cualitativamente distinta de las demás situaciones culturales. Desde este punto de vista, la naturaleza del *folk*, que participa de la vida civilizada mas no de sus grandes empresas —confiadas al estrato dirigente urbano—, que tiene una vida cultural propia, dentro de las formas generales del vivir nacional, y a la vez acepta, reelabora, devuelve y desecha bienes que continuamente le envía la ciudad, bajo las fuerzas contrastantes de la costumbre y la moda, la adaptación al medio y la propensión idealizadora, tiene que aparecer como algo diferente a la vez de los grupos etnográficos y de los grupos históricos dirigentes, cuyo anónimo séquito histórico y, diríamos, recipiente de residuos culturales constituye empero.

Un problema difícil, en este respecto, presentan algunas poblaciones indígenas del continente americano: ¿qué disciplina las estudia: la Etnografía o el Folklore? Nuestra respuesta es consecuente: si viven al margen de la colectividad criolla, con sus jefes, su lengua, su religión, sus costumbres y sus técnicas, sin contaminación de aquélla o sólo préstamos aislados que no alteran su modo general de vida, su estudio compete a la Etnografía; si, en cambio, comparten las formas generales de la civilización criolla, bajo el régimen político y civil oficial, hablando la lengua general, aunque conserven las indígenas, observando o respetando, bien o mal, la religión católica, y practicando indistintamente usos y técnicas criollas e indígenas, en suma, viviendo como un *substrato* de la sociedad, junto al *folk* criollo, según ocurre con los restos humanos del Incanato, por ejemplo, entonces cabe diferir su estudio a los folkloristas. Naturalmente, para no dar en la manía inventariadora de etnógrafos demasiado propensos a las prácticas contables, y siendo los límites entre uno y otro campo a veces indefinidos, la cuestión debe ser resuelta en cada caso particular, no sólo con satisfactorio conocimiento de las esferas nacional y regional consideradas, sino también valiéndose en buena medida de la intuición que llamaremos *estratigráfica*, apta para decidir, al través de las ficciones administrativas y legales, cuál es el fundamento cultural sobre que asienta su existencia tal grupo.

No es de creer que la conducta preconizada por el profesor Steele Boggs, conforme a la tradición del "Journal of American Folklore" (creado por etnógrafos y no por folkloristas), haya de cambiar el punto de vista, ya inconmoviblemente consagrado, del Folklore continental europeo. Inclusive en Norte América existe un poderoso movimiento en tal sentido, como lo comprueban los propósitos del "California Folklore Quarterly" (desde 1947 "Western Folklore") en su número inicial de enero-marzo de 1942: "*Son propósitos de la Sociedad* (la "Californian Folklore Society", editora de la revista) *la colección, la conservación y la publicación de los materiales de cultura popular* ("folk materials") *del Estado*

de California y regiones adyacentes, excluyendo los pertenecientes a las tribus indígenas de Indios y a su mitología y etnología. Inclúyense específicamente en la esfera de interés de la organización cuentos y canciones, costumbres y supersticiones, refranes y frases, topónimos, tipos locales de arquitectura, mobiliario hogareño y enseres de todos los grupos raciales (con la excepción del Indio Norteamericano) que se conjugan para formar el folk del área de la vertiente del Pacífico.” Como se ve, un programa completamente acordado a lo que casi todos los folkloristas del mundo, desde hace mucho tiempo, entienden por Folklore.

BRUNO C. JACOVELLA